

15) Permanecer con Cristo

La decisión de permanecer con Cristo, junto a Cristo, la decisión que a menudo requiere mucho tiempo para que la tomemos de verdad – pero Dios tiene mucha paciencia con nosotros – esta decisión es en el fondo el alma de nuestra estabilidad monástica, en una comunidad, en un lugar.

La estabilidad que san Benito nos hace profesar no puede ser una vocación para nosotros si su fundamento no es Cristo. Los votos no tienen significado y valor si no en la medida en que nos consagran a Cristo, en la medida en que nos unen a Él. Esto es válido también para el voto de estabilidad. Hacemos voto de estabilidad para no alejarnos de Jesús, para responderle que no queremos irnos, que nos quedamos con Él. Pedro hace este voto, inspirado por el Espíritu Santo, cuando dice: “Señor, ¿dónde vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios” (Jn 6,68-69).

Al final del capítulo 72 de la Regla sobre el buen celo de los monjes, san Benito parece hablar de esta decisión cuando escribe: “No antepongan nada absolutamente a Cristo, ¡y que Él nos lleve a todos juntos a la vida eterna!” (72,11-12).

La estabilidad en la comunidad depende en primer lugar de la preferencia dada a Jesús, de la decisión de permanecer con Él. Pero esta decisión interior de la libertad, de la voluntad, Cristo la transforma y la encarna en un camino de comunión, en la estabilidad en una comunidad en camino hacia la vida eterna, la vida eterna de la que habla Pedro cuando responde a Jesús: “¡Tú tienes palabras de vida eterna!” (Jn 6,68). La vida eterna, la vida en plenitud es la meta del camino de una comunidad reunida y guiada por Cristo.

También en san Benito, la estabilidad es una comunión de camino de los hermanos de una comunidad monástica. La idea de camino es fundamental para vivir la estabilidad en el monasterio. Si no caminamos juntos, reunidos y guiados por Cristo, el buen Pastor, no somos estables.

En la crisis del grupo de los discípulos descrita en el capítulo 6 de Juan, también se habla de camino. No irse de junto a Jesús, no abandonarlo, no significa quedarse allí sin moverse, sino ponerse en camino con Él, continuar siguiéndole, incluso si su camino se dirige cada vez más decididamente a Jerusalén, lo que significa su muerte, pero también su resurrección.

Con Jesús, todo se juega en el dinamismo de un camino. El problema no es tanto cómo somos, a qué nivel hemos llegado, sino permanecer en camino detrás de Él, con Él.

La traición de los que abandonan a Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm es descrita con estas palabras: “Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él” (Jn 6,66).

Han invertido el sentido de la marcha de su vida. Ya no caminan con Él. Ya no procederán con Jesús. Ya no caminan dejándose guiar todos juntos por Él hacia la vida eterna que Él nos da para compartir.

La estabilidad monástica no es estar plantados en cualquier parte, sino permanecer en el camino de Cristo, del modo en que san Benito nos ayuda a

recorrerla y nuestra comunidad nos da la posibilidad de vivirla adhiriéndonos a ella concretamente.

Pero el capítulo 6 de san Juan nos puede ayudar a entender aún más profundamente el significado de nuestra vocación a la estabilidad.

En el fondo, los discípulos que se van y no andaban ya con Jesús, ¿por qué lo hacen? Lo han seguido hasta allí fielmente. ¿Por qué se van ahora?

Quizá porque en aquel momento Jesús les ha ofrecido no contentarse con seguirlo, sino llegar a ser su Cuerpo.

Había dicho: “El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí” (Jn 6,56-57).

Lo que Jesús ofrece aquí es mucho más que un sencillo seguirlo desde fuera. Se trata de acoger la gracia de llegar a ser Él mismo, de convertirse en su Cuerpo, viviendo de su vida. Esto es también a lo que mira san Benito pidiendo la tarea de la estabilidad en un camino comunitario de obediencia. Quiere ayudarnos a incorporarnos a Cristo no solo para seguir sus pasos, sino para hacerlo con Él, en Él, por Él. ¿Recordáis la hermosa expresión del capítulo 61 de la Regla sobre el modo de acoger e integrar a los monjes forasteros? La estabilidad se define allí en estos términos: “*sociari corpori monasterii* – ser agregado al cuerpo del monasterio” (61,5).

Es importante conservar esta imagen, porque puede ayudarnos a entender y juzgar nuestro modo de vivir la estabilidad y, por lo tanto, toda nuestra vida monástica. Lo ideal para Benito no es tener una bella representación del monje según el manual, sino que cada hermano viva con y en el cuerpo de la comunidad. Por lo tanto, si a veces se dan períodos en los que el cuerpo es débil, la estabilidad quiere decir compartir esta debilidad y llevarla junto con los demás. Y si hay momentos en los que el cuerpo tiene que moverse mucho, el ideal de la estabilidad no es el de apartarse a un rincón para buscar la propia tranquilidad monástica, sino el de moverse con el cuerpo y compartir la actividad.

Es la idea de la comunidad como cuerpo tal como la sostiene el capítulo 48, donde san Benito dice: “Si las circunstancias del lugar o la pobreza exigen que ellos mismos tengan que trabajar en la recolección, que no se disgusten, porque precisamente así son verdaderos monjes cuando viven del trabajo de sus propias manos, como nuestros Padres y los apóstoles” (48,7-8).

Cuando se vive la estabilidad encarnada de este modo, se convierte en fuente de vida, de vida de Cristo. Lejos de fosilizarnos en la rutina y en el deber, se convierte cada vez más en un camino de vida eterna con nuestros hermanos y hermanas.

De este modo, la estabilidad viene a coincidir con la caridad que acepta asumir la responsabilidad hacia el prójimo. Y esto lo profundizaremos en los próximos Capítulos, y lo haremos a partir del evangelio del “buen Samaritano”.